



Es probable que se celebren entrevistas entre Washington y La Habana para tratar de posibles indemnizaciones por las empresas nacionalizadas, de la base de Guantánamo y otros problemas del contencioso entre ambos países. En la foto, una vista aérea de la base americana en Cuba.

nación a gobernarse de la manera que le parezca conveniente, frente a la acción imperial de los Estados Unidos. Otros creen que en el momento en que desaparecieran las sanciones económicas y se establezcan relaciones normales sus propios grupos castristas desaparecerán o se suavizarán, de la misma manera que los partidos comunistas se han suavizado a raíz de la coexistencia pacífica. Para otros es solamente un tema comercial, una apertura de mercados. El hecho es que, salvo algunos, fanáticos, como el chileno, la reanudación de la normalidad con Cuba es asunto deseado. Ya Panamá ha roto el fuego; se espera que antes de marzo lleguen a hacerlo Venezuela, Colombia, tal vez Costa Rica.

De todas maneras no cabe esperar que la nueva relación entre Washington y La Habana se establezca de una manera espectacular o brillante. Es muy probable que se celebren una serie de entrevistas directas, que los Estados Unidos tiendan a sacar algún provecho —posibles indemnizaciones por las empresas nacionalizadas—, que se trate de la base de Guantánamo y de otros problemas que forman el contencioso entre los dos países antes de que se produzca un intercambio de Embajadores. Recordemos que con China no se ha llegado aún a las relaciones diplomáticas directas, sino al intercambio de representaciones y a la suspensión del bloqueo, a pesar del viaje de Nixon a Pekín que fue tan espectacular. No hay que esperar que el Presidente Ford viaje por ahora a Cuba; si lo haría Kissinger, y es posible que también lo haga el Vicepresidente Nelson Rockefeller, en cuyo ideario está una revisión total de las relaciones con toda América Latina.

Rockefeller no solamente representa importantes grupos de capital interesado en América Latina, sino que él mismo es par-

te de ese capital. La Standard Oil, víctima continua de las nacionalizaciones, es el negocio familiar. Pero Rockefeller es un neocapitalista de la línea liberal, de los que creen que la explotación del subcontinente no puede seguirse haciendo por vía de presión y fuerza, defendiendo con los «marines» y los «rangers» las empresas norteamericanas, sino por medio de una implantación suave sobre países que no tengan demasiados motivos para ser revolucionarios: es decir, lo que comenzaba a ser la línea Kennedy de la fracasada «Alianza para el progreso» (fracasada porque sus fondos fueron prevaricados por las clases dominantes de los países favorecidos y porque la línea Kennedy se cortó con su vida, y algunos han atribuido al exilio cubano más agresivo el asesinato de Kennedy). No puede atribuirse demasiada importancia al papel de un Vicepresidente en Estados Unidos, porque constitucionalmente no la tiene; pero en este caso es probable que la brillantez y la inteligencia de Rockefeller influyan mucho sobre un Presidente meramente coyuntural y escasamente decisivo como es Ford. Por lo menos, podría ser la figura elegida para iniciar esta apertura junto a Kissinger. Y no sería extraño que al revisarse toda la política latinoamericana del Departamento de Estado y de la CIA ocurriera algún acontecimiento más. La dictadura de Chile podría ser tratada finalmente como lo ha sido la griega. El anacronismo disparatado de ese régimen en un contexto mundial que se pretende de otra manera no será, a la larga, muy rentable.

La idea de que Nixon era el campeón de un arreglo democrático del mundo parece ir desapareciendo. Sin él, todo puede resultar más fácil para esa misma línea que no se atrevió —o no le convino— llevar hasta sus últimas consecuencias.

Los CoNteMpoRa nEoS

TRAGEDIANTES

Un periódico inglés explica la situación a sus lectores con esta frase: "No se queje usted de lo mal que lo está pasando este año: apenas es el principio de lo mal que lo

va usted a pasar en los próximos". Un suave y fresco venticillo de Apocalipsis refresca el mundo. Una pareja de paseantes prehistóricos notó un día unas primeras gotas de lluvia, y el uno dijo al otro: "Vamos a meternos en esta cuevecilla hasta que pase el chaparrón". Había comenzado el Diluvio Universal, versión escolar. Parece que el mundo está repleto de paseantes que tratan de guarecerse de la catástrofe, creyendo que es sólo un chaparrón. Las voces de Apocalipsis vienen de todas partes: de la Conferencia de Población de Bucarest, de los consumidores de materias primas, de los criminólogos, de los sociólogos, del Club de Roma. Y de una manera general, de cualquier somera lectura de periódico.

Parece que el español se está librando de ese pesimismo global. Se ha encasquillado en su pasado y no se dispara. El español es un pueblo escasamente apto para el futuro. No lo entiende, no está en su medida. Y ha decidido no enterarse ni siquiera del presente. El español es como esos personajes de las películas de dibujos que corren hacia un precipicio, lo rebasan y siguen corriendo sobre el vacío hasta que miran abajo y se dan cuenta; entonces, caen. Leyendo relatos de 1936, de los cuales hay ahora alguna abundancia —han comenzado a salir del purgatorio casi cuarenta años después, y ello da alguna medida de la falta de noción del tiempo real que tenemos— se ve cómo muchos y muy ilustrados personajes corrieron sobre el vacío ignorando que lo tenían debajo. A no pocos prohombres de la Segunda República les sucedió esta tragicomedia, y los primeros partes de julio repetían incesantemente que no había en realidad ningún motivo de alarma y el Gobierno controlaba la situación. Un "slogan" que repetía la radio durante la guerra, por la voz bien timbrada del comandante Augusto, locutor oficial, decía así: "No pasa nada, y si pasa, no importa". Pocas veces he oído una frase tan reveladora de la ignorancia

del tiempo y del vacío propia del español. No era una manía republicana: es una manía nacional. Cuando a don Juan, el de Tirso, le amenazaban con las consecuencias infernales de su

divertida y agradable vida, clamaba: "¡Tan largo me lo fiáis!". Pero al final llegaba la mano pétrea de la Abominación y se lo llevaba. Zorrilla corregiría ese antiespañolismo con una indulgencia final "por toda la eternidad": Nunca pasa nada. Es curioso que la izquierda que se exilió se llevase fuera el optimismo intemporal y se siguiese citando en Madrid con la misma fe con que los israelitas han estado citándose durante dos mil años con la fórmula "El año que viene, en Jerusalén", mientras la izquierda del exilio interior llegaba a tener alguna comprensión mayor de su destino temporal y de que cuando pasa algo, si que importa. Es ahora —o desde entonces— la derecha la que cree que nunca pasa nada. Ha pasado tantos años en el disfrute de bienes propios y ajenos que suele creer que el futuro es una inversión del pasado. Es una derecha fáustica, capaz de vender su alma a Dios para conseguir la eterna juventud. Cree en los mitos de rejuvenecimiento. Leer, por ejemplo, a Ruiz Gallardón en "ABC" es como entregarse a un ejercicio de psicoanálisis. "No hay nada más revolucionario como el pretender que nada cambie", dice el contrarrevolucionario pur sang, que está "empapado de memoria y experiencia" como el político ideal que describe, el político que "nace siempre de una cálida inmersión en la herencia decantada en su alma por el paso incesante de los sucesos que constituyen su experiencia". Es el mito del baño en la Fuente Juvencia. El de Sigfrido en las aguas de la inmortalidad. «Il faut que tout change pour que tout devienne égaill».

Mitología de la inmortalidad. El venticillo de Apocalipsis de una época que recorre el mundo pone un escalofrío en París, en Londres, en Washington. Aquí apenas agita los pelos de los tragediantes, que siguen ahuecando su voz tras la cámara, alzados sobre sus coturnos y aplaudiendo su propio espectáculo. Que presencian, diferido, en el atrio de la televisión. ■

POZUELO